

llamaba, ni nunca más volví a verle; pero así conservo el recuerdo, ya que fué en aquella ocasión mi Ángel de la Guarda.

Así, enquistado en el grupo, llegamos a la puerta principal, cerrada, naturalmente, con llave y cerrojo. Se adelantó don Pedro y descargó dos sonoros puñetazos a guisa de preventivo aviso. En el acto chirrió el cerrojo: se oyó también girar la llave y, por la entreabierta puerta, dejó ver su africanado rostro el tío Alcántara, conserje de la Plaza. Y con un: «Buenas tardes, don Pedro y la compañía», nos dejó paso franco. Y la puerta volvió a cerrarse a nuestras espaldas, con enérgica disposición del fiel cumplidor de rigurosa consigna. Un escalofriante desasosiego me invadió entonces. Me senté al lado de mi providencial amigo, entre dos de aquellos señores, en uno de los dos bancos que existían en el portal, frente al que ocuparon los otros acompañantes. Procuré dialogar con mi compañerito y, a falta de tema—¿de qué podríamos hablar si era la primera vez que nos veíamos?—hice un elogio de su chalina de grandes lunares, que como alas de mariposa, escapaba debajo del lustroso cuello almidonado de la camisa, y tuve también algunas frases de admiración para la herradurita de metal plateado que exornaba la cinta de su flamante paja. Mientras yo reflexionaba: «estos señores, que ya han reparado en mí, habrán de pensar, sin duda, que soy familiar de alguno de ellos», y... me quedé tan tranquilo como lo estuve para acometer tamaña aventura; y redoblé mi expresiva charla, obsequiando al simpático amigo con dos o tres envolturas de los caramelos de Matías López que seriaba las principales figuras de la tauromaquia.

Y, después, todo fué como una seda: don Pedro que da la consigna a porteros y acomodadores, y demás servidumbre de la Plaza, para ocupar sus puestos. El acomodador de las localidades de *barreras* comprendidas en el sector de la izquierda de la meseta de la Presidencia, se acerca a nosotros—¡Virgen Santísima, que no me plante en la calle!—y, paternalmente, nos invita a seguirle; nos dejó colocados pegados a la Meseta, en la segunda fila, ¡en contrabarrera! «Me han encargado—nos dijo— que os vigile para que nada os moleste y para que no os mováis de aquí: ya vendré a recogeros». Un encanto de hombre y una tarde archisuperior para mí, como nunca lo soñé! Y allí, en aquel tercio de la Plaza, debajito de mí precisamente, ví la cogida de *Cantarito*. Una buena cornada en el muslo derecho, sin que el asta rompiese la taleguilla—tabaco y oro—que yo tuve en mis manos, pues bajé a la enfermería—me dejaron entrar por ser *familiar* de la empresa—y estuve viendo los primeros momentos de la cura. ¡Qué cara de sufrimientos tenía el pobre!

\*\*\*

Cuando llegué a casa y conté mi hazaña, muy enfadados mis padres, me dejaron sin fuegos artificiales aquella noche.

PAGINAS ANTOLOGICAS

## A KEMPIS

*Sicut nubes quasi naves vclut umbra...*

Ha muchos años que busco el yermo,  
 ha muchos años que vivo triste,  
 ha muchos años que estoy enfermo,  
 ¡y es por el libro que tú escribiste!  
 ¡Oh Kempis!, antes de leerte amaba  
 la luz, las vegas, el mar Oceano;  
 mas tú dijiste que todo acaba,  
 que todo muere, que todo es vano.  
 Antes, llevado de mis antojos,  
 besé los labios que al beso invitan,  
 las rubias trenzas, los grandes ojos,  
 ¡sin acordarme que se marchitan!  
 Mas como afirman doctores graves  
 que tú, maestro, citas y nombras,  
 que el hombre *pasa como las naves,*  
*como las nubes, como las sombras...*  
 huye de todo terreno lazo,  
 ningún cariño mi mente alegra  
 y con tu libro bajo del brazo  
 voy recorriendo la noche negra...  
 ¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,  
 pálido asceta, qué mal me hiciste!  
 Ha muchos años que estoy enfermo,  
 ¡y es por el libro que tú escribiste!

AMADO NERVO